

DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

REGLAS DE DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS PRIMERA SEMANA

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu Amor. Envía Señor tu Espíritu y serán creadas las cosas y renovarás la Faz de la tierra.

Oh Dios que habéis adoctrinado los corazones de tus fieles con las luces de tu Espíritu Santo. Danos a gustar todo lo recto y bueno según ese mismo Espíritu y gozar para siempre de tus celestiales consuelos. Por Cristo Nuestro Señor, Amén

Ave María

San Ignacio de Loyola, ruega por nosotros

♦ Segunda parte (reglas 5-14)

Continuando con las reglas de discernimiento, San Ignacio trata de la 5ª a la 9ª regla sobre cómo debe actuar el alma en la desolación; la 10ª y la 11ª acerca de cómo debe actuar en la consolación y las últimas tres (12ª, 13ª y 14ª) sobre cómo actúa el demonio en las tentaciones.

I. **Cómo actuar en la desolación (5ª-9ª)**

❖ REGLA 5ª

TEXTO. – La quinta: en tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar [318].

COMENTARIO

En la desolación los consejos vienen fundamentalmente del mal espíritu, y por tanto no debemos seguirlos. Por este motivo, no hay que cambiar los propósitos anteriores. La desolación es mala consejera (más bien pésima). Precisamente el fin del mal espíritu es hacernos cambiar. ¡Con qué claridad se suelen ver las cosas en los días de EE, y cómo se nublan y oscurecen al terminar! La regla de oro para la desolación es, pues: constancia, no mutación, ni siquiera deliberación sobre lo ya propuesto.

La desolación es una crisis experimental del amor, y ni el tal desfallecimiento espiritual ni los efectos que de él dimanar, son los que han de determinar los propósitos o decisiones de la vida. La consolación a su vez es plenitud de amor también experimental, y de esa plenitud nacen los propósitos y determinaciones que me han de llevar a Dios.

Importa por lo tanto no hacer ningún cambio en los propósitos y determinaciones de la consolación, sino armarse de energía y ejercitar con valor la virtud de la fortaleza y la de la constancia contra toda suerte de imaginaciones, sentimientos y pensamientos y contra cualquier desfallecimiento de la voluntad que pretenda arrancarme de mis decisiones y propósitos. Estemos seguros de que vendrá la desolación tentando fuertemente nuestra constancia y fortaleza, pero eso mismo es un aviso para que estemos prepararlos a mantenernos firmes en nuestro propósito de guardar la regla que aquí nos da San Ignacio.

Hay una voluntad impetuosa, que se lanza violentamente y se para. Otra enérgica, de esfuerzos más duraderos, pero que al fin cede también. Y una tercera, resuelta y constante, que a paso normal va camino de su fin sin detenerse nunca. Esta última es la que vale.

Bertolt Brecht, escritor Alemán del siglo pasado, escribía:

“Hay hombres que luchan un día y son buenos., hay otros que luchan un año y son mejores. Pero hay quienes luchan toda la vida: éstos son los imprescindibles.”

De eso se trata, de mantenerse firme en la lucha a pesar de todas las desolaciones.

San Ignacio al darnos la regla, nos da también el motivo en que la funda. «Porque así como en la consolación nos guía y aconseja el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar.»

Hemos dado por supuesto que la desolación tiende a atacar los propósitos y resoluciones tomados en tiempo de consolación; y lo mismo debe decirse, con la debida proporción, de aquellos propósitos y determinaciones que mediante una buena elección se han hecho en tiempo tranquilo (cuando no estamos ni consolados ni desolados), porque en este caso también va el demonio contra la voz de Dios que se ha manifestado por la vía de la razón iluminada por la gracia. Parece que San Ignacio alude a estos dos casos cuando cita alternativamente los propósitos y determinaciones de la «antecedente consolación» o los del «día antecedente a la tal desolación».

Leemos en la Imitación de Cristo, III, 6 –sería de mucho provecho leerlo completo–:

- Jesucristo: 1. Hijo, no eres aun fuerte y prudente amador.
- El Alma: 2. ¿Por qué, Señor?
- Jesucristo: 3. Porque por una contradicción pequeña, faltas en lo comenzado, y buscas la consolación ansiosamente.

El constante amador está fuerte en las tentaciones, y no cree a las persuasiones engañosas del enemigo. Así como le agrado en la prosperidad, también le agrado en la adversidad.

❖ **REGLA 6ª**

TEXTO. – La sexta: dado que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el

intenso mudarse contra la misma desolación, así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar, y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia [319].

COMENTARIO

La estrategia abarca, estos dos actos: resistir y atacar. Se suele decir que “la mejor defensa es el ataque”. La regla anterior nos ha explicado cómo debemos resistir valiéndonos de las virtudes de la firmeza y de la constancia; esta otra nos enseña el modo de atacar tan propio de los Ejercicios de San Ignacio.

Provechosísimo es –dice el P. Casanovas– no contentarse con resistir al enemigo y pasar resueltamente al ataque, porque esta táctica infunde valor al alma, agrada a Dios y al buen espíritu y desconcierta al demonio. Pero para que el ataque alcance plenamente esos resultados tan provechosos, nos dice el maestro que debe consistir en un «intenso mudarse contra la misma desolación», es decir, en hacer todo lo contrario de lo que ella inspira, y esto con toda la energía y de frente al enemigo.

San Ignacio propone ya aquí algunos de estos actos, como ejemplo de lo que puede hacer el ejercitante, y notemos bien que en esos mismos actos están indicados los principales ejercicios espirituales incluidos en la definición que nos dió en la anotación primera [1].

Hablábamos de que en la desolación no se debía hacer mudanza, bueno, la única mudanza que vale es contra la misma desolación: tengo tentaciones que cambiar el propósito de rezar una media hora, acortándola; bien, lo cambio... pero alargándola, aunque sea un minuto. “Hacer contra” –“agere contra” en la versión latina–. Como Jesús en el Huerto: “oraba más y más” (Lc 22,43). San Ignacio señala algunos ejercicios en los que podemos emplear esta táctica:

Dice así: «Instar más en la oración, meditación, en mucho examinar, y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.» Estas palabras son paralelas a las de la anotación decimotercera, que dicen: «es de advertir que como en el tiempo de la consolación es fácil y leve estar en la contemplación la hora entera; así en el tiempo de desolación es muy difícil cumplirla; por tanto, la persona que se ejercita, por hacer contra la desolación y vencer las tentaciones debe siempre estar alguna cosa más de la hora cumplida; porque no sólo se avece a resistir al adversario, mas aun a derrocarlo» [13].

Fácil es decir esto y entenderlo, no tan fácil llevarlo a la práctica. Pero es la única forma de no ser una especie de veleta manejada por el viento de nuestros caprichos y de las tentaciones. Cuesta sí, pero “para las cosas difíciles se han hecho los grandes hombres”.

❖ **REGLA 7ª**

TEXTO. – La séptima: el que está en desolación, considere cómo el Señor le ha dejado en prueba en sus potencias naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta; porque el Señor le ha abstraído su mucho fervor, crecido amor y gracia intensa, quedándole, sin embargo, gracia suficiente para la salud eterna [320].

COMENTARIO

En las reglas precedentes nos ha dado San Ignacio las leyes de la estrategia para resistir y derrocar al enemigo; y reparando en que todas ellas reciben su fuerza del esfuerzo de la voluntad precisamente cuando la pobre se halla desamparada de la consolación y atacada por la desolación; quiere ahora el Santo vigorizar nuestro

entendimiento con verdades claras y seguras que sirvan de fundamento solidísimo al esfuerzo de la voluntad. Esto es lo que hace en esta y en las dos reglas siguientes.

Esta es la recta noción de la desolación y el motivo por el cual Dios la permite: en definitiva es para nuestro bien y aprovechamiento, para probar nuestra fidelidad y para que venzamos nosotros y derroquemos al enemigo. A este fin Dios deja al hombre reducido a sus potencias naturales eso sí, sostenidas en realidad, aunque no de modo sensible, por el auxilio divino de la llamada gracia suficiente, quitándole empero las sobreabundantes del mucho fervor, crecido amor e intensa gracia.

Nada hay por lo tanto en la desolación, tal como Dios la quiere, que no sea recto y santo, pues el proceder del Señor se limita a retirar los dones extraordinarios de la consolación, dejando al alma con solas sus fuerzas naturales y con la gracia sobrenatural suficiente para salvarse y poder resistir a las mociones diabólicas, y todo con la única intención de probar nuestra fidelidad y vencer a nuestros enemigos.

Dos cosas hacen al hombre pusilánime: la persuasión de su impotencia (no podemos, somos incapaces, esto me supera...) y el creer que Dios nos abandona; ambas tentaciones aparecen en desolación. Por eso San Ignacio nos recuerda tres cosas:

a) Es una prueba. No es un abandono. “Porque eras acepto a Dios, por eso fuiste tentado” (Job 12,13). Y esto nos quita la idea de impotencia, porque Dios nos prueba justamente porque hemos sido aceptados por él, porque entonces podemos hacer buenas cosas, superar nuestras dificultades.

b) Dios nos deja “aparentemente” solos para que resistamos.

c) Lo que nos quita Dios es el fervor sensible pero no consiste en éste la gracia necesaria para resistir. Ésta no nos falta nunca si no es por nuestra culpa. “Fiel es Dios y no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas; sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros” 1Cor 10,13:

❖ **REGLA 8ª**

TEXTO. – La octava: el que está en desolación trabaje de estar en paciencia que es contraria a las vejaciones que te vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación, como está dicho en la sexta regla [321].

COMENTARIO

Nos da a conocer el Santo la ley que tiene ordinariamente la divina Providencia en el tiempo de nuestras desolaciones, y es la siguiente: cuando el hombre lucha fiel y esforzadamente contra la desolación sujetándose a las normas de la regla sexta, no se hace esperar mucho la consolación; y siendo esto así no hay que hacer ningún caso de las vejaciones que el enemigo añade a la desolación, queriéndonos persuadir que para nosotros se ha acabado para siempre el consuelo, o por lo menos que el tiempo de la desolación será larguísimo.

Es el último secreto en la táctica espiritual contra la desolación: paciencia y esperanza. El demonio intenta llevar al desaliento y a la desesperación; a que bajemos los brazos, a que pensemos que no podemos resistir más. Aparecen aquí las tentaciones de futuro: ¿cómo resistiré esto “tanto tiempo”, o “toda la vida”? ¿Quién ha dicho que durará mucho tiempo más? ¿Quién nos dice que mañana volveremos a ser tentados en lo mismo? El demonio tienta con el futuro o con el pasado. Lo hace así porque justamente son las dos cosas que no tenemos en nuestras manos. Sólo cae en nuestro poder el presente; lo que ya pasó y lo que está por delante son cosas

que se nos escapan totalmente. Por eso, para que no aprovechemos el tiempo presente, se ocupa nuestro enemigo de tentarnos con lo que ya pasó (tus muchos pecados no te van a permitir continuar...), o con lo que vendrá: no podrás perseverar mucho tiempo... En cuanto a esto último, puede ser útil hacer lo que sugieren los santos: hacer propósitos por un día. O lo que hacen los alcohólicos anónimos: se proponen sobriedad por 12hs. Es mucho más fácil encarar así la vida espiritual.

Contra esto, San Ignacio nos hace pensar, recordar, que pronto seremos consolados: a la desolación sucede presto la consolación y viceversa.

“Cuando te fuere quitada la consolación, no desesperes inmediatamente, mas espera con humildad y paciencia la visitación celestial: porque poderoso es Dios para volver a darte una mayor consolación” (*Imitación de Cristo*, II, 9; puede leerse con provecho todo el capítulo).

❖ REGLA 9ª

TEXTO. – La nona: tres causas principales son porque nos hallamos desolados: la primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así por nuestras faltas se aleja la consolación espiritual de nosotros; la 2ª por probarnos cuanto somos, y en cuanto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias; la 3ª por darnos vera noticia y conocimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra consolación espiritual, más que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor; y porque en cosa ajena no pongamos nido alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la spiritual consolación [322].

COMENTARIO. – Para que la inteligencia se mantenga firme en los tiempos de consolación y desolación, San Ignacio le ofrece en esta regla novena el último apoyo, dándole conocimiento de las causas que de ley ordinaria ocasionan la pérdida o desaparición de la primera, causas que unas veces proceden de Dios y otras de nosotros mismos. No puede negarse que era necesario aclarar este punto, porque siendo la consolación obra principalmente de causas externas y superiores a nosotros, podría creerse que era ésta una lucha fatal y que los hombres que se dan a la vida espiritual eran juguete del bueno o del mal espíritu.

La presente regla apunta tres causas no como únicas, sino como las «principales» en la vida ordinaria. Las otras secundarias fácilmente se reducen a las principales y las causas que son extraordinarias, llevan la razón de ser en sí mismas.

Notemos que solamente se nos habla aquí de las causas principales «por que nos hallamos desolados». La causa de la consolación no se estudia directa y positivamente, porque se da por conocida, puesto que es Dios mismo o su ángel bueno.

«La primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales.» En esta misma primera semana nos ha dado San Ignacio unas «adiciones para mejor hacer los ejercicios y para mejor hallar lo que desea» [73]. El «mejor hacer» y el «mejor hallar» es lo opuesto a «ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales»; por consiguiente la primera causa de hallarnos desolados es nuestra tibieza, pereza o negligencia en cumplir las adiciones con aquella amplitud e intensidad que San Ignacio se proponía. No olvidemos tampoco aquella disposición esencial con que debemos comenzar y continuar los Ejercicios, es decir «que en todo lo posible desea aprovechar» [20].

Y esto que nos da en forma de regla el Santo de Loyola, es fácilmente comprobable en nuestra vida. Cuando uno comienza a poner menos empeño en las obras que debe hacer (de piedad, cumplimiento del deber de estado, etc.) las cosas van a costarle cada vez más. Un religioso por ej. que no preste atención a sus oraciones y que las haga con desgano, a los poco días no va a haber cosa que le cueste más que rezar unos minutos, y así pasa con las demás cosas.

Nos deja en claro esta regla entonces, que es imposible que se nos entre en el alma la tibieza espiritual si nosotros hacemos las cosas con el espíritu deseado y querido por San Ignacio, en definitiva querido por Dios. Hablamos de “tibieza” que una especie de desolación causada por nuestra flojedad, otros tipos de desolación tienen otras causas.

La segunda causa de nuestras desolaciones es «por probarnos para cuanto somos, y en cuanto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias». No se nos concede la consolación a título de gozo estéril y sin ulterior finalidad, sino como un verdadero estímulo y nueva fuerza para adelantar en el servicio de Dios. Somos nosotros mismos los que pervertimos el uso de las cosas más santas haciendo del medio fin y deteniéndonos engolosinados en el placer y gozo espiritual, sin levantarnos a ser tanto más fieles cuanto más consolados somos.

Cuando de esta manera obramos, el que se nos quite la consolación es un favor que nos hace la misericordia divina; porque entonces, privados de las gracias especiales del Señor y sin el temple de voluntad que hemos perdido por dejarnos llevar de la golosina espiritual, nos vemos abandonados a nuestra miseria e impotentes para toda obra buena. El fin que Dios se propone en semejantes casos es éste: darnos una prueba experimental de nuestra propia nada.

En cambio, si no hemos pervertido el uso que de la consolación debe hacerse, sino que real y verdaderamente la hemos hecho servir para aumento de nuestra generosidad en darnos más a Dios y en afianzar nuestra voluntad en el servicio de su divina Majestad, la desolación nos proporciona la experiencia de la fuerza adquirida para saber perseverar sin la ayuda de la consolación.

La dureza del sacrificio sobrellevado careciendo de todo consuelo es manjar de escogidos, y el que gusta y saborea su fuerte amargor siente cómo se acrecienta notablemente el temple de su voluntad. Las consolaciones y crecidas gracias son un estipendio concedido a nuestro esfuerzo en servir a Dios; el servidor más noble es aquel que no necesita de estipendios y sin ello se alarga cuanto puede en darse por entero a sí mismo.

A Dios nuestro Señor le sobran estas pruebas porque conoce perfectamente el barro de que estamos formados mucho antes de que se quiebre nuestra constancia; nosotros las necesitamos muy de veras porque no nos damos cuenta de nuestra flaqueza hasta que nos vemos caídos. Ya tenemos, pues, una segunda prueba para convencer a nuestro entendimiento de lo conveniente que nos es encontrarnos de vez en cuando desolados.

La tercera causa es «por darnos vera noticia y conocimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual».

Tenemos una inclinación innata a tomar como obra nuestra cuanto Dios hace en nosotros y esa nuestra obstinada necedad no se rinde si no es a fuerza de repetidas experiencias, viendo que nos quitan las cosas de las manos. Los dones y gracias espirituales son todavía más pegajosos por nuestra gran miseria; y pronto los miramos como cosa que nos es debida, o propia nuestra o cosa que está siempre al alcance de nuestras fuerzas. Por eso, cuando lo perdemos todo en un momento, sin que sean parte para conservarlo nuestros esfuerzos, entonces conseguimos la «vera noticia y conocimiento» y llegamos incluso a sentir internamente, que la consolación no es cosa nuestra, sino don y gracia exclusiva de Dios nuestro Señor.

Con esto queda deshecha una de las enfermedades espirituales que más aborrece Dios y mayores daños nos causa a nosotros; a saber, la soberbia o vanagloria de nuestro entendimiento, empeñado en que son obra nuestra las gracias de la consolación.

Ni total ni siquiera parcialmente nos pertenecen, y por lo mismo, como tan gráficamente nos lo dice San Ignacio, no debemos poner nido en casa ajena, porque nos sacarán y nos echarán de él con grande ignominia nuestra.

Hagamos una última consideración sobre la consolación, y es que la consolación es el modo ordinario que Dios tiene para comunicarse con nosotros. A Dios ordinariamente nadie lo oye hablar directamente como oímos a las demás personas; esto sucede a algunos escogidos y hay que tener mucho discernimiento y consultar en estos casos, ya que a veces no es Dios el que habla. De ordinario Dios nos habla por la Sagrada Escritura, y cuando obran según lo que Dios quiere también nos hablar por una predicación, por un acontecimiento en nuestra vida, por el Director Espiritual, el superior, la superior, nuestros padres. Por estos medios nos muestras muchas veces su voluntad, pero también lo hace por medio de las consolaciones.

San Ignacio –dice el P. Casanovas- en todas las reglas de discreción de espíritus que dictó sobrentiende una norma práctica, expresada alguna vez claramente, y es ésta: que el tiempo de la consolación verdadera es la hora en que nos habla el buen espíritu.

Por eso es importante que podamos examinar nuestras consolaciones –mucho ayudarán las reglas que siguen y las de la 2ª semana- para descubrir qué nos quiere decir Dios. Una vez será que tenemos que confiar ciegamente en Él, otra vez que nada es digno de ser amado fuera de Él, otra: que no hay nada más pequeño que nosotros mismos, etc.

En las consolaciones como en la oración hay que tener presente siempre que Dios quiere comunicarse con nosotros y en sus comunicaciones nos colma de alegría.

II. Cómo actuar en la consolación (10ª-11ª)

❖ REGLA 10ª

TEXTO. – La décima: el que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces [323].

COMENTARIO.

Primeramente no hay que imaginar que la consolación ha de ser permanente, ni debemos detenernos en ella como en reposo definitivo, sino que debemos prepararnos pues al día sigue la noche y a la noche el día.

Por tanto, debemos robustecernos y estudiar la táctica de combate para emplear en la lucha.

“Se nos da la consolación divina para que nos fortifiquemos para resistir las adversidades. Y se sigue la tentación para que no envanezca del bien” (Imitación de Cristo, II, 9).

“¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de los misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!” 2Cor 1, 3-4

Esos que “están en toda tribulación” podemos ser nosotros mismos en el momento de la prueba. Así Nuestro Señor a los mismos tres apóstoles –Pedro, Santiago y Juan– que consoló en el Monte Tabor, luego los probó en Getsemaní, donde lamentablemente no resistieron y se durmieron.

Hagamos una última consideración sobre la consolación, y es que la consolación es el modo ordinario que Dios tiene para comunicarse con nosotros. A Dios ordinariamente nadie lo oye hablar directamente como oímos a las demás personas; esto sucede a algunos escogidos y hay que tener mucho discernimiento y consultar en estos casos, ya que a veces no es Dios el que habla. De ordinario Dios nos habla por la Sagrada Escritura, y cuando obran según lo que Dios quiere también nos hablar por una predicación, por un acontecimiento en nuestra vida, por el Director Espiritual, el superior, la superior, nuestros padres. Por estos medios nos muestras muchas veces su voluntad, pero también lo hace por medio de las consolaciones.

San Ignacio –dice el P. Casanovas- en todas las reglas de discreción de espíritus que dictó sobrentiende una norma práctica, expresada alguna vez claramente, y es ésta: que el tiempo de la consolación verdadera es la hora en que nos habla el buen espíritu.

Por eso es importante que podamos examinar nuestras consolaciones –mucho ayudarán las reglas que siguen y las de la 2ª semana- para descubrir qué nos quiere decir Dios. Una vez será que tenemos que confiar ciegamente en Él, otra vez que nada es digno de ser amado fuera de Él, otra: que no hay nada más pequeño que nosotros mismos, etc.

En las consolaciones como en la oración hay que tener presente siempre que Dios quiere comunicarse con nosotros y en sus comunicaciones nos colma de alegría.

❖ **REGLA 11ª**

TEXTO. – La undécima: el que está consolado procure humillarse y abajarse cuanto puede, pensando cuán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia o consolación. Por el contrario piense el que está en desolación, que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor [324].

COMENTARIO

Toda la instrucción del Santo en esta regla se compendia en solas dos palabras: *humildad* mirando a nuestra miseria y *valor* apoyándonos en la gracia de Dios.

Humildad por tan gran miseria como la nuestra, que nos es tan bien conocida y que acabamos de experimentar en la pasada desolación al vernos a obscuras, turbados, inclinados a las cosas bajas, sin esperanza y sin amor, tibios y perezosos, tristes y apartados de Dios.

“Cuando Dios te diere la consolación espiritual, recíbelas con acción de gracias; mas entiende que es don de Dios y no merecimiento tuyo. No te ensalces, no te alegres demasiado, ni te estimes vanamente, sino humíllate más por el don recibido, y sé más avisado y temeroso en todas tus obras; porque se pasará aquella hora, y vendrá la tentación” (Imitación de Cristo, II, 9).

Valor sacado de la gracia de Dios, pues aunque este amor encendido que ahora siento, y estas lágrimas y alegría interna desaparezcan cuando la desolación se presente, cierto estoy de que contaré siempre con la gracia suficiente que me dará el Señor, la cual me proporcionará fuerzas para resistir a todos mis enemigos, *si* yo quiero valerme de ella.

Alguien decía por ahí que cuando todo le salía bien se acordaba de las veces en que se había equivocado, y que cuando todo le salía mal, se acordaba de todos los aciertos que había hecho en su vida. Es una forma más simple y menos teologal de explicar lo mismo que venimos diciendo.

Terminemos con esta parte citando al Espíritu Santo; veremos en estos textos de la Sagrada Escritura como resumida la doctrina ignaciana de la desolación y la consolación:

[Habla Moisés al pueblo] Acuérdate de todo el camino que Yahveh tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos. Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh. [Pero como en la desolación la gracia de Dios sigue estando] No se gastó el vestido que llevabas ni se hincharon tus pies a lo largo de esos cuarenta años. Dt 8, 2-4

Este otro texto sirve para entender porqué Dios nos envía la desolación:

Guárdate de olvidar a Yahveh tu Dios descuidando los mandamientos, normas y preceptos que yo te prescribo hoy; no sea que cuando comas y quedes harto, cuando construyas hermosas casas y vivas en ellas, cuando se multipliquen tus vacadas y tus ovejas, cuando tengas plata y oro en abundancia y se acrecienten todos tus bienes, tu corazón se engría y olvides a Yahveh tu Dios que te sacó del país de Egipto, de la casa de servidumbre; que te ha conducido a través de ese desierto grande y terrible entre serpientes abrasadoras y escorpiones: que en un lugar de sed, sin agua, hizo brotar para ti agua de la roca más dura; que te alimentó en el desierto con el maná, que no habían conocido tus padres, a fin de humillarte y ponerte a prueba para después hacerte feliz. No digas en tu corazón: « Mi propia fuerza y el poder de mi mano me han creado esta prosperidad », sino acuérdate de Yahveh tu Dios, que es el que te da la fuerza para crear la prosperidad, cumpliendo así la alianza que bajo juramento prometió a tus padres, como lo hace hoy. Pero si llegas a olvidarte de Yahveh tu Dios, si sigues a otros dioses, si les das culto y te postras ante ellos, yo certifico hoy contra vosotros que pereceréis. Lo mismo que las naciones que Yahveh va destruyendo a vuestro paso, así pereceréis también vosotros por haber desoído la voz de Yahveh vuestro Dios. Dt 8, 11-20.

III. **Cómo actúa el demonio (12^a-14^a)**

Pasemos a la última parte de esta plática, muy breve, en la que el Santo de Loyola nos explica los tres modos en los cuales el demonio suele atacarnos.

Las tres reglas que abarca –comenta Casanovas–, son las únicas páginas del libro de los Ejercicios que con razón pueden calificarse de literarias. Fuera de ellas, en todo lo demás del libro, San Ignacio sólo se preocupa de ser lo más claro y exacto posible, conteniéndose en una pobreza de palabras austerísima. Aquí, sin que esa su claridad

y exactitud pierdan un punto, es rico de expresión y pintoresco en las imágenes; reminiscencia cierta de aquellas sus lecturas caballerescas y de su vida cortesana y militar.

❖ **REGLA 12ª**

TEXTO. – La duodécima: el enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado: porque así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huida cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin mesura: de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse perder ánimo, dando huida sus tentaciones cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el *opposito per diametrum*: y por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor a perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana, en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia [325].

COMENTARIO.

El método ignaciano consiste en no colocarnos jamás a la defensiva en la lucha con nuestro enemigo, sino de atacarle siempre con vigor y fortaleza hasta derrocarlo. Las razones en que se apoya este método son todas de la más alta y segura estrategia y traen también su origen de aquel gran espíritu y liberalidad que nos recomendó al emprender esta lucha [5]; pero aquí se nos descubre una nueva razón sacada del carácter del enemigo con quien hemos de luchar.

Parecido a la mujer que pelea con un varón, él es débil ante la fuerza y fuerte ante la debilidad y los halagos; tímido y huidizo, cuando resueltamente se le hace cara; lleno de ira, de venganza y de ferocidad desenfrenada, como la fiera más salvaje, si el hombre se acobarda y empieza a retroceder.

Ese nuestro enemigo es el demonio; aquel león encadenado que ruga en torno nuestro queriéndonos devorar¹. Y particularizando más, el enemigo es cada una de las tentaciones con que nos acomete. Ni una siquiera de éstas resistirá si la embestimos llenos del espíritu ignaciano, pero todas nos vencerán si espantados y cobardes nos apocamos.

“Resistid al diablo y huirá de vosotros” (St 4,7). Así lo expresa San Agustín:

“Antes de la venida de Cristo andaba el diablo suelto. Cristo, al venir, hizo con él lo que dice el Evangelio: ató al fuerte. Pero dirá alguno: Si está atado, ¿por qué puede todavía tanto? Verdad es, hermanos carísimos, que prevalece mucho, pero es a los tibios y negligentes y a los que no temen de veras a Dios a los que domina. Atado está como perro a la cadena, y a nadie puede morder más que al que con mortífera seguridad se le acerca. Considerad hermanos, cuán necio es el que se deja morder de un perro atado a la cadena. Tú no te acerques a él por los deleites y codicias del siglo y él no presumirá acercarse a ti. Puede ladrar, puede solicitar; morder no puede más que al que se deja. Porque no daña forzando sino persuadiendo; ni nos arranca el consentimiento, sino que nos lo pide” (Sermón 197; ML 39,1820).

San Ignacio nos da ejemplo de lo que nos está enseñando; cuenta en su autobiografía –en la cual habla en tercera persona sobre sí mismo–:

¹ 2 Petr., 5, 8.

“Estos días, dice, le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su vida, como si le dijeran dentro de su alma: ¿Y cómo podrás tú sufrir esta vida setenta años que has de vivir? Más a esto le respondió también interiormente con grande fuerza (sintiendo que era del enemigo): ¡Oh, miserable! ¡Puedesme tú prometer una hora de vida? Y así venció la tentación, y quedó quieto. Y esta fue la primera tentación que le vino. Y fue esto entrando en una iglesia en la cual oía cada día la misa mayor, y las vísperas y completas, todo cantado, sintiendo en ello gran consolación”

Interesante también es lo que refiere San Juan de Ávila sobre cómo utiliza el demonio el miedo para tentarnos:

Claro es, que pues todo el ardid de su guerra se ha por vía de miedo, las armas principales que hemos de tener son en esfuerzo del corazón, confortado, no con nuestra confianza, sino con la fiducia (esperanza esforzada) en nuestro Señor; porque ésta es la que en esta guerra nos hace victoriosos, pues que la fiducia (esperanza esforzada) vence al temor, según está escrito. SAN JUAN DE AVILA, *Audi Filia*, cap. 29

Tenemos que saber dominar nuestros miedos para enfrentar al demonio.

Y conociendo los viejos del Yermo cuan necesario era este corazón confortado para no ser vencidos en estas peleas contra los demonios, que eran muy usadas entre ellos, iban de noche a hacer oración en soledad a los sepulcros de los difuntos, para ganar libertad del miedo, cuyo señorío es muy dañoso. Y si el consejo de Cristo tomamos, muy seguros viviremos de aqueste temor; porque Él nos lo quita diciendo (Lc., 12, 5): Yo os enseñaré a quien temáis: temed a Aquel que, después de haber muerto el cuerpo, puede echar en el infierno: a Este temed. Quien a Dios no teme, ha de temer, por su mala conciencia, al mundo y demonio. Mas quien a Dios teme, no teme al demonio, pues el temerle es un cierto modo de sujeción, como que nos puede dañar en algo; y como no pueda ni llegar al cabello de nuestra cabeza sin la licencia de Dios, no hay por qué temerle a él, sino al Señor, que puede darle licencia. Y por eso debemos estar siempre humillados, y con santo temor delante de Dios; mas para con el demonio, muy esforzados con la esperanza de Dios, y llenos de una santa soberbia. Y cuanto él más bravezas mostrare, tanto más vos temed a Dios, y os encomendad a Él, y tanto menos temed al demonio. SAN JUAN DE AVILA, *Audi Filia*, cap. 29

❖ **REGLA 13ª**

TEXTO. – La terdecima: asimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto: porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o a una mujer de buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y el contrario le displace mucho, cuando la hija al padre o la mujer al marido descubre sus vanas palabras e intención depravada, porque fácilmente collige que no podrá salir con la impresa comenzada: de la misma manera, cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas cuando las descubre a su buen confesor o a otra persona spiritual, que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa; porque collige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifiestos [326].

COMENTARIO.

Nuestro enemigo no conoce la nobleza ni sabe ser franco, pues toda su táctica consiste en seducir ocultando sus malas intenciones y amparándose en la obscuridad; por eso busca rincones donde esconderse y no sufre que se le denuncie a quien conozca su malicia y sus engaños. Por el mismo cauce discurren sus tentaciones. Todas ellas

son embrollos, lazos, artimañas, embustes y mentiras que sólo saben engañar a las almas mezquinas que se empeñan en caminar a solas, pero que se deshacen como el humo con el soplo de un hombre espiritual y muy experimentado.

Los incipientes carecen de esta experiencia y son como niños a los que ha de guiar la mano de sus padres. Por esta razón ha querido la divina Providencia que así como en la vida material nuestra educación corre a cargo de nuestros padres naturales, también en la sobrenatural debemos ser educados por nuestros padres espirituales.

Pero tengamos muy en cuenta que estos nuestros padres no conocerán las tentaciones con que nos acomete nuestro enemigo, si nosotros no se las descubrimos con entero candor y confianza. De aquí que toda la perfidia del demonio esté en cerrarnos la boca y en persuadimos que vamos bien, solos. Esas sugerencias para que callemos, nacen de vergüenza, encogimiento y temor vano, y algunas veces también de presunción y exagerada suficiencia propia. Rechacemos, pues, resueltamente a esos fantasmas, abramos el corazón y huirá el enemigo y la tentación se desvanecerá. Recordar: ¡Tentación declarada, tentación ganada!

Hay que manifestar al director todas las insinuaciones. Las que son malas y las que parecen buenas, para discernir. El demonio engaña fácilmente al incauto incluso vestido de bien. Santa Catalina de Bolonia cuenta que el demonio se le apareció muchas veces en forma de Cristo crucificado, recomendándole que obedeciese ciega y prontamente; pero de vez en cuando y bajo especie de mejor bien, le sugería muchos juicios contra el mandato del superior. Y ella hubiese sido engañada, si, llena de desconfianza en sí misma, no hubiese manifestado cuanto le pasaba a su superior...

De esta regla podemos colegir la importancia que tiene la [dirección espiritual \(link\)](#). Sólo unas breves citas sobre el tema:

“He visto a monjes que, después de muchos años de trabajos, cayeron y llegaron hasta la locura por haber contado con sus propias obras y no haber aceptado el mandamiento de Dios que dice: *Interroga a tu padre y te lo enseñará* (Dt 32,7)”². Paladio, en la “Historia lausíaca” escribe: “Los que están faltos de dirección, caen como las hojas que empuja el viento sin rumbo fijo”³.

Unos siglos más tarde llegaba a decir San Bernardo: “Quien se constituyese en maestro y director de sí mismo, se haría discípulo de un necio... No sé qué pensarán los demás sobre esto; mas de mí sé decir, por propia experiencia, que me es mucho más fácil dirigir a muchos otros, que a mí solo”⁴. Igualmente San Vicente Ferrer: “Nunca Jesucristo otorgará su gracia, sin la cual nada podemos hacer, a quien teniendo a su disposición un varón capaz de instruirle y dirigirle, desprecia esta ayuda, persuadido de que se bastará a sí mismo y de que encontrará por sí solo lo que es útil para su salvación”⁵. Y añade, en el mismo lugar, que, por el contrario, “quien tuviere un director, al cual obedezca sin reserva y en todo, llegará mucho más fácilmente y pronto que por sí solo, aunque fuere de ingenio muy despierto y tuviere a mano sabios libros de materia espiritual”⁶. Y podríamos seguir citando...

Algo más se puede deducir de esta regla: nosotros somos “hijos de la luz” (Ef, 5,8) y así tenemos no sólo que pensar sino también que proceder en todo lo que hacemos. Todo lo que es encubierto sin necesidad no puede venir de Dios. Puede haber personas o grupos que se dicen católicos pero que trabajan con mentiras, ocultos, o

2 *Apotegmas de los Padres del Desierto*, Antonio 37.

3 San Paladio, *Historia lausíaca*, 27.

4 San Bernardo, *Epist.*, 87,7.

5 San Vicente Ferrer, *Tratado de la vida espiritual*, p. 492.

6 *Ibid*, p. 491.

bien nunca comentan a nadie lo que hacen, ni siquiera al director espiritual... esto no puede venir de Dios por más santa que sea la doctrina que profesen ni por muy virtuosos que sean o parezcan los que militen en él. Terminan convirtiéndose en una persona o en un grupo anti católico disfrazado de católico.

❖ **REGLA 14ª**

TEXTO. – La quatuordécima: asimismo se hace como un caudillo para vencer y robar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos [327].

COMENTARIO.

Tentar es ensayar. El demonio ensaya y prueba para ver dónde está la parte débil. No nos tienta a todos por el mismo lado. Eva cayó por la soberbia, Caín con la envidia, Salomón por la lujuria, Judas por la avaricia, Pedro por el respeto humano.

- “Como caudillo”: mira las fuerzas o disposición del castillo de nuestra alma. Eso se llama estudiar al enemigo, como los directores técnicos de fútbol ven los videos o tienen espías que miran los partidos del adversario. El enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales.
- Nos conoce al derecho y al revés: como si tuviera una historia clínica o un historial de cada uno. Cuando fue la primera tentación y de qué; cómo respondimos a ese ataque; las veces que caímos y en qué pecados y con qué personas o en qué circunstancias. Todo eso que nosotros fácilmente olvidamos, él lo tiene todo registrado.
- Sabe cuáles son nuestros puntos débiles; sabe por dónde atacar el castillo, y “no duerme ni reposa”. Nosotros tenemos que trabajar espiritualmente por fortalecer nuestra alma. “Si no trabajamos nosotros, trabaja el diablo”.

¿Nos conocemos? ¿Conocemos el terreno? Eso es lo primero. Para poder después corregirnos. Repasemos todas las virtudes: la fe, la esperanza, la caridad; la justicia, la fortaleza, la templanza, la prudencia; etc...,

Conviene vigilar mucho. Si supiera el padre de familia por dónde va entrar el ladrón, vigilaría para que no le saquearan su casa.

El diablo va tanteando, va punzando. Tiene todo el tiempo del mundo para estudiarnos bien, y atacar en el momento oportuno. En eso es un maestro, es su especialidad. Por donde nos encuentra más débiles, por allí nos asalta. Precisamente es uno de los modos que tenemos para darnos cuenta de cuál es nuestro defecto dominante, o cuáles son nuestros puntos más débiles.

Son los agujones de cada uno, que cada uno debe cuidar con la gracia de Dios, para que no nos derroten. Así, el soñador, lo va a distraer con mil pensamientos, divagues ociosos, preocupaciones y tentaciones de futuro, falta de esperanza...

Al que no ha mortificado su sensibilidad, le traerá aprehensiones y lo torturará con susceptibilidades, miedos:

“me miró mal, no me quiere”...

Al iracundo lo herirá en su orgullo: “mirá lo que te dice este tonto a ti”.

Al que es dado a las conversaciones infructuosas lo va conduciendo a conversaciones cada vez más malas.

Al pesimista, o de temperamento melancólico, el diablo lo tentará con pensamientos de tristeza, de desesperación, de indignidad, lo moverá a falta de fe, a la falta de esperanza, a escúpulos...

Al que tiene juicio propio, al soberbio, lo llevará a tomar las decisiones más desacertadas, a enredarse en sus propios pensamientos...

Examinarse cada uno, de acuerdo a los **temperamentos link**, al carácter, a los pecados de la vida pasada, a las inclinaciones y gustos, a los apegos o desórdenes, por pequeños que sean. No descuidar nada, y tener una gran confianza en Dios.

Entonces, como dice el P. Pío, “deja que el viento sople, y no creas que el ruido de las hojas es el tronar de las armas”, y así, si construimos nuestra casa sobre la Roca, por más vientos y mareas que vengan, la casa quedará en pie.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo